

MUSEO ORIENTAL: DIÁLOGO CON EL ARTE Y LA RELIGIÓN DE LA OTRA MITAD DEL MUNDO

En nuestra sociedad actual estamos viviendo experiencias contradictorias. Por un lado, nos encontramos cada vez más en un mundo globalizado. Pero, por otra parte, existen fuertes tendencias al nacionalismo y al tribalismo, que se reflejan en distintos aspectos de la vida: la política, la economía, el comercio, la cultura, la educación, ...

Desde la perspectiva cristiana, está claro que el Mensaje de Jesús es un mensaje universal, dirigido a la salvación de todos los hombres. Y, desde un principio, los apóstoles, y sus sucesores en la iglesia, han sido llamados a *“ir por todo el mundo y haced discípulos a todas las gentes...”* (Mt. 28, 19).

La Orden Agustiniiana – y de un modo especial los agustinos españoles-, se abrió, desde sus comienzos, a esta misión universal: México (1533) Perú (1551) Bolivia (1559) Filipinas (1565) Ecuador (1569) India (1572) Colombia (1575) China (1575) Japón (1584) Venezuela (1591) Panamá (1591) Chile (1595) Cuba (1608) Guatemala (1610) Argentina (1650), ...

El Museo Oriental, - fruto de la presencia misionera de los Agustinos en China, Japón y Filipinas desde 1565-, se sitúa dentro de esta perspectiva de apertura y universalidad. Es la mejor colección artística del Extremo Oriente existente en España. Fundado en 1874 en el Real Colegio de PP. Agustinos de Valladolid – obra de Ventura Rodríguez-, fue reinaugurado por SS. MM. los Reyes de España, D. Juan Carlos I y Dña Sofía, el 12 de octubre de 1980. Consta de 18 salas. Tras una introducción histórica siguen 8 salas de arte chino, 5 de arte filipino y 4 de arte japonés.

A.- FILIPINAS, TRAMPOLÍN DE EVANGELIZACIÓN EN ORIENTE

Filipinas, fue, desde el siglo XVI, el trampolín de evangelización de la Orden Agustiniiana en Oriente, una vocación que ha mantenido durante más de 450 años y que debería seguir ejerciendo en un futuro.

I.- AGUSTINOS EN FILIPINAS (1565-2020): 455 AÑOS DE MISIÓN

Hace 455 años - el 27 de abril de 1565- Fr. Andrés de Urdaneta y otros cuatro compañeros agustinos llegaron a Cebú, en Filipinas. Allí encontraron la imagen del Sto. Niño de Cebú, que había sido un regalo que el navegante Magallanes hiciera a la Reina Juana 44 años antes, cuando ella y otros filipinos fueron bautizados. Desde entonces los agustinos escogieron a este Sto. Niño como su Patrón.

Los frailes agustinos fueron los *“Pioneros del Amor”* en esas tierras y, desde entonces, más de 3.000 agustinos han sido mensajeros del amor en las Islas Filipinas. Muchos de ellos llegaron – tras un año de viaje- por la ruta del Galeón de Acapulco; más tarde, otros fueron por la ruta del Cabo de Buena Esperanza; y, al abrirse el Canal de Suez en 1859, muchos más lo harían por esta ruta más corta.

Siguiendo a S. Agustín, estos frailes vivían en comunidad *“teniendo una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios”* (Regla, 1, 3). Viviendo en la comunión de caridad, se reunían en el coro para orar a Dios y celebrar la eucaristía; en el refectorio para compartir los alimentos y la Palabra de Dios; en la sala capitular para tomar decisiones relacionadas con la vida comunitaria y el trabajo misional; en la sala de recreo para jugar, charlas y conversar; y en la soledad de sus celdas cultivaban el silencio y el estudio, la oración y la contemplación.

San Agustín fue el hombre de corazón inquieto que consideraba la vida como una peregrinación hacia Dios: *“Nos hiciste Señor para Tí y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Tí”* (Conf. 1, 1). Siguiendo sus enseñanzas, los frailes agustinos *“amaban la vida como una peregrinación hacia Dios”*. A lo largo de este camino necesitaban 4 apoyos principales: la oración, como S. Guillermo el Ermitaño; la eucaristía, como S. Juan de Sahagún; la caridad, como Sto. Tomás de Villanueva, la fe en la vida eterna, como S. Nicolás de Tolentino.

Los frailes agustinos fueron misioneros que *“amaron su misión”*. Su misión era predicar que Dios es Padre y Creador; que Jesús se hizo hombre y anunció la Buena Noticia de que *“Dios es Amor”* (1 Jn. 4, 8) e invitó a todos los hombres a amarse unos a otros como Él lo hizo, sufriendo la muerte y resucitando para nuestra salvación; que el Espíritu Santo es el amor del Padre y del Hijo, que es enviado a todos los que reciben el bautismo; que la Iglesia es una comunidad de hermanos edificada sobre Cristo y los apóstoles; que nuestras vidas están destinadas a un final feliz: la resurrección y la vida eterna.

Ellos fueron a Filipinas para cumplir esta misión. La mayor parte de ellos dedicaron toda su vida a esta causa. Fue la causa por la cual vivieron, fue la causa por la cual trabajaron; fue la causa por la cual murieron. Desde 1565 que llegaron, ellos hicieron presente este mensaje en Luzón y Cebú, en Panay y Negros, en Samar y Leyte... y más allá: en China, a donde viajó en 1575 el P. Martín de Rada, y en Japón donde llegaron en 1602, y, más tarde en India, América, África, ...

En Filipinas, en 1898, ellos estaban presentes en unas 300 ciudades, con su iglesia, convento y escuela. Los 316 agustinos que trabajaban en el país en ese momento, tenían el cuidado pastoral de 2.237.446 cristianos, un tercio de la población de Filipinas.

Los frailes agustinos eran *“amantes de Dios”*. Y por la gloria de Dios, ellos fueron los principales constructores de iglesias en Filipinas. Entre los varios centenares construidas por ellos, hoy sobreviven todavía unas 160. Cuatro de ellas han sido declaradas por la UNESCO *“Patrimonio de la Humanidad”*: San Agustín de Manila, Paoay y Sta. María en Ilocos, y Miagao en Panay. Y con las iglesias ellos

construyeron también conventos y escuelas, puentes y carreteras y promovieron la agricultura y el desarrollo en diferentes campos.

San Agustín consideraba a Dios como *“Belleza siempre antigua y siempre nueva”* (Conf. X, 27) y fuente de toda clase de arte. Los frailes agustinos fueron *“amantes del arte y la belleza”* y por ello promovieron la creación de extraordinarias obras de escultura en madera y marfil, para los altares de sus iglesias y conventos; pinturas religiosas y grabados con historias del Antiguo y Nuevo Testamento y la vida de la Virgen María y de los santos más populares, utilizadas como un catecismo visual para los nuevos cristianos; vestimentas litúrgicas y estandarte procesionales bordados en seda, plata y oro; vasos litúrgicos de oro y plata, marfil, nácar y piedras preciosas, para resaltar el esplendor de la liturgia católica y la gloria de Dios.

Los frailes agustinos fueron *“amantes de la sabiduría”*. Por amor del pueblo y a su servicio ellos crearon dos imprentas, la primera en 1614 y la segunda en 1886, donde se imprimieron miles de libros. Los frailes Gaspar de S. Agustín, Martínez de Zúñiga, Francisco López, Alonso de Métrida y muchos otros escribieron libros de historia y etnología, gramáticas y diccionarios, libros devocionales y novenas, en las diferentes lenguas filipinas: tagalo y pampango, cebuano e ilocano, hiligaino y bisaya, ...

Los frailes agustinos fueron *“amantes del canto y la música”* y enseñaron este arte a sus fieles. Varios de ellos – Fr. Marcelo de San Agustín, Fr. Lorenzo Castelló, Fr. Guillermo Silva, Fr. Manuel Aróstegui...-, no solamente tocaban el órgano y cantaban durante las horas de rezo, sino que, algunos, también fueron compositores de música religiosa y crearon cantorales iluminados con hermosos pájaros, flores y otras imágenes.

Los frailes agustinos fueron *“amantes de la ciencia”*. Siguiendo a S. Agustín pensaban que no puede existir conflicto entre ciencia y razón, porque ambas provienen de la misma fuente divina. En Filipinas, Fr. Ignacio Mercado en el S. XVII y Fr. Antonio Llanos y Fr. Manuel Blanco en el S. XIX, realizaron los estudios más importantes nunca hechos en el país, sobre la flora de Filipinas. Ellos estaban interesados no solamente en la salvación de las almas, sino también en la salud del cuerpo, y por ello, estudiaron el uso medicinal de las diferentes plantas, y lo utilizaron para uso personal y para el provecho de sus cristianos.

Los frailes agustinos fueron *“amantes de la cultura y la educación”*. Las escuelas fundadas por ellos en Cebú en 1565 y en Manila en 1571, fueron las primeras escuelas públicas en Filipinas. En ellas se ofrecía: escritura, lectura, matemáticas, religión, música, arte, ... Entre las muchas instituciones educativas por ellos fundadas, se encuentra la Escuela de Artes y Oficios de Malabón, en 1890, la Universidad de S. Agustín de Iloilo, en 1904 y el Colegio S. Agustín, Dasmariñas, Makati, en 1969.

Este año 2020, al cumplirse 455 años de nuestra llegada a Filipinas, desde el Museo Oriental en Valladolid, los agustinos deseamos compartir estos 455 años de misión, 455 años de historia, 455 años de fe y fraternidad, 455 años de cultura y arte.

II.- LAS RELIGIONES EN FILIPINAS

En Filipinas podemos destacar tres principales corrientes religiosas

1.- El Animismo, o creencia en los espíritus

El animismo era el principal tipo de religión practicada por gran parte de los grupos étnicos de Filipinas antes de 1565, especialmente en las zonas montañosas. En el Norte de Luzón, los Ibaloi y Kankanai creen que el alma de todo difunto se convierte en “*anito*” un ser que puede mostrarse en forma animal o humana y que posee todas aquellas capacidades que nuestras supersticiones populares atribuyen a los espíritus desencarnados. Aunque la gran mayoría de los “*anitos*” son considerados como espíritus enteramente inofensivos, el “*anito*” de los difuntos ancianos de la familia es más temido. Los Ibaloi y Kankanai lo describen como seres altamente irritables y vengativos que causan desgracias y los miembros vivientes de la familia, por cualquier negligencia en el cumplimiento de sus deberes, cometida contra ellos, o contra otros anitos compañeros. La enfermedad, tanto de los hombres, como de los animales se atribuye a ellos. En estos casos hay que ofrecerles un sacrificio para calmarles, bien sea un gallo, un cerdo o un carabao.

Estos espíritus viven fuera de los poblados, en las montañas vecinas, reproduciendo en forma espiritual la vida de los vivos. Construyen habitaciones y viven en ellas, siembran, se casan, tienen hijos y, eventualmente, algunos de ellos al menos, mueren y cambian de forma. Entonces pueden convertirse en una culebra o en una roca y esto explica el por qué nunca se mata a uno de esos animales. Lo más frecuente, sin embargo, es que se transformen en “*lifa*”, luz fosforescente que se ve en las montañas y que se produce a causa de la maleza podrida.

2.- El Islam

El término “*Islam*” significa abandono, sumisión total e incondicional a Allah (Dios).

La revelación de la unicidad y omnipotencia de Allah fue comunicada por el espíritu fiel – el Arcángel Gabriel-, a Mohammed (Mahoma) (570-632 d. C.), que será el auténtico enviado de Allah. En el Corán –libro sagrado del Islam-, se contiene la revelación hecha por Allah a Mahoma.

Los cinco pilares donde se apoya la religión islámica son: 1.- La profesión de la fe en Allah, único Dios y en Mahoma su profeta; 2.- La oración ritual; 3.- La caridad o limosna con fines humanitarios; 4.- El ayuno en el mes de “Ramadán”; 5.- La peregrinación a la Meca.

Actualmente, en 2020, los seguidores de la revelación coránica son en todo el mundo unos 1.500 millones. Se les denomina “musulmanes”, palabra que deriva del término turco-persa “*muslim*” que significa “dedicado a Dios”.

A partir del siglo XIII misioneros musulmanes extendieron el credo mahometano por Indonesia y Filipinas. Hacia 1500 el Islam ya estaba fuertemente arraigado en el archipiélago de Joló y en Mindanao. Al llegar los españoles en 1565, la mayoría de la población filipina se sometió a la dominación española y adoptó la religión cristiana. Pero la minoría musulmana se resistió tenazmente durante siglos conservando su identidad cultural y religiosa.

Actualmente, existen en Filipinas unos cinco millones de musulmanes, el 5% de la población. La mayoría de ellos están concentrados en las islas meridionales, en la parte occidental de Mindanao, en Palawan y en el archipiélago de Joló.

3.- El Cristianismo

La difusión del cristianismo en el Archipiélago Filipino fue, en términos generales, mucho más pacífica y respetuosa con las culturas nativas, que la realizada en América Latina.

La tarea evangelizadora en Filipinas fue obra, en su mayoría, de las órdenes religiosas. Comenzó, propiamente en 1565, con la llegada de la expedición de Legazpi-Urdaneta, en la que iban cinco agustinos. En 1578 llegaron los franciscanos y, posteriormente, los jesuitas (1581) dominicos (1587) y agustinos recoletos (1606). Los Hnos. de San Juan de Dios iniciaron su trabajo en 1641, estableciendo hospitales en varios lugares.

La labor propiamente misional fue llevada a cabo por un total aproximado de 8.238 religiosos, que se desglosan así: 3.156 agustinos, 2.694 franciscanos, 2.318 dominicos, 1.623 agustinos recoletos y 718 jesuitas.

Desde el principio se tomó la medida de dividir el territorio entre las órdenes, dando a cada una de ellas una provincia o conjunto de provincias, pero conservando todas ellas sus casas principales en Manila. En el problema tan espinoso y que tantas dificultades provocaría en México, de los sacramentos a los indígenas, la experiencia que se había logrado allá fue totalmente aplicada a Filipinas y, en las zonas que pudieron ser cristianizadas, no existieron conflictos a la hora de recibir los distintos sacramentos.

La educación quedó totalmente en manos de los religiosos. Además de párroco, el misionero era el juez, árbitro y, por lo general, gobernante del barrio. El cristianismo por ellos implantado fue uno de los pilares de la unidad filipina. La sólida vida del filipino en el campo, en los barrios y pueblos es obra de los misioneros. La imprenta, los colegios, las universidades, los hospitales, tienen en ellos su origen. La existencia, actualmente, de una mayoría católica en Filipinas, es el resultado de ese trabajo.

En el momento de la emancipación de Filipinas en 1898, trabajaban en el archipiélago un total de 967 misioneros, distribuidos en 746 parroquias, 105 misiones parroquiales y 116 misiones vivas. De ellos 233 eran agustinos recoletos, 228 agustinos, 175 franciscanos, 109 dominicos, 42 jesuitas, 16 capuchinos, 6 benedictinos y 158 pertenecientes al clero secular.

II.- EL ARTE RELIGIOSO FILIPINO EN EL MUSEO ORIENTAL

El arte etnográfico primitivo expuesto en el Museo Oriental procede de distintos grupos tribales del Norte de Luzón, donde misionaron los agustinos desde el siglo XVI. Las obras están relacionadas con las distintas actividades de la vida: la alimentación, el vestido, la música, el tabaco, o con el mundo religioso y de la guerra.

Especialmente significativas son las imágenes religiosas de los grupos étnicos de Luzón. Se exponen tres distintos tipos:

1.- Los “*Anitos*” considerados como representaciones de los espíritus de los antepasados. Haciendo sacrificios ante estas imágenes se obtiene que el espíritu del antepasado – que anda como alma en pena atormentando a sus propios parientes-, pueda encontrar la paz. Estas imágenes eran invocadas con distintos ritos. Se les pedía que les dieran buenas cosechas y que no les enviaran desgracias.

2.- Los “*bululs*”, imágenes que eran invocadas con distintos ritos. Se les pide que hagan crecer el arroz en el granero, lo mismo que creció en los campos.

3.- Hanuman, dios de los monos, un personaje del panteón del hinduismo que prestó su ayuda al dios Rama en un momento decisivo para recuperar a su esposa Sita, que había sido secuestrada por el rey de Lanka. Su culto se extendió no sólo hasta Filipinas, sino también a otros archipiélagos de Oceanía.

Las islas del sur – Mindanao y el archipiélago de Joló-, estuvieron sometidas – desde antes de la llegada de los españoles-, al influjo musulmán, por lo que algunos de los grupos étnicos de esta región practicaban esta religión. Algunas fotografías nos muestran a los “*imanes*” o maestros enseñando, así como a los niños estudiando el Corán, la ceremonia musulmana del matrimonio, o la vista de algunas mezquitas de esta zona.

Con el influjo de la presencia española, entre los siglos XVII y XIX surge el arte religioso cristiano, - ampliamente representado en el Museo Oriental-, que se desarrolló en múltiples manifestaciones: arquitectura, escultura, pintura, bordados, grabado, etc.

Varias obras pictóricas nos muestran algunas de las más de 200 iglesias y conventos construidos en Filipinas por los agustinos, entre ellas San Agustín de Manila, y Miagao, declaradas por la UNESCO, “*Patrimonio de la Humanidad*”, así como la Basílica del Sto. Niño de Cebú.

Por lo que se refiere a la pintura religiosa, pueden admirarse en la gran escalera, algunos cuadros que hacen referencia a la llegada de la expedición de Legazpi-Urdaneta a Filipinas en 1565, - obra de Telesforo Sucgang de 1893-, así como a la tarea evangelizadora y al hallazgo de la imagen del Sto. Niño de Cebú.

Es única en la historia del arte filipino la serie de retratos de obispos y misioneros agustinos que trabajaron en la evangelización de Filipinas, pintados en el siglo XIX por Juan Arzeo, Severino Flavier Pablo, Cayetano F. Pablo, entre ellos los obispos Pedro Agurto, Santos G. Marañón, Vicente Barreiro, Juan Aragonés, Hernando Guerrero, José Seguí, Manuel Grijalbo, Casimiro Herrero, Arsenio del Campo, o los religiosos Manuel Blanco, Santiago Álvarez, José López, ...

Dentro de las pinturas de tipo costumbrista, el museo expone cuatro obras de Simón Flores, así como el cuadro al óleo realizado con la técnica de los grandes miniaturistas medievales. La variedad de las escenas, sabiamente colocadas, forma el nombre del misionero agustino al que se lo regalaron: el poeta Fr. Juan Tombo (S. XIX).

Los “*mantones de Manila*” – que se hacían en China, pero llegaban a España a través de Filipinas y México-, hicieron populares los bordados orientales. A este tipo pertenecen los distintos ornamentos litúrgicos bordados en seda y oro. En nuestros fondos existen numerosas obras de este tipo: casullas, dalmáticas, capas pluviales, frontales de altar, etc. Se llaman filipinos, por que han llegado desde Filipinas, donde eran usados en las ceremonias litúrgicas por los misioneros allí residentes. Pero, en realidad, hay que decir que gran número de ellos se hacían en el Sureste de China y, más tarde, por los chinos residentes en las Islas Filipinas. Gran parte de ellos estaban hechos por encargo, de ahí que lleven bordados los símbolos agustinianos del corazón y el águila.

La imprenta fue también ocasión de desarrollo del arte, en gran cantidad de grabados religiosos, históricos o naturalistas. Además de las obras de L. Atlas, F. Sevilla y otros grabadores filipinos, destaca la monumental “*Flora de Filipinas*” obra del P. Manuel Blanco, con la colaboración de los agustinos P. Ignacio Mercado, P. Antonio Llanos. En ella se describen 1.200 especies vegetales, de las cuales 479 van reproducidas en litografías en color, creadas por artistas filipinos y españoles del último cuarto del siglo XIX.

Entre las esculturas de los siglos XVIII y XIX unas son de tipo religioso y otras de tipo costumbrista. Entre las primeras destaca la hermosa imagen del Sto. Niño de Cebú – esculpida en madera y con el traje y corona de plata y oro- enviada a Valladolid en 1760. Entre las segundas dos hermosos bustos del mediquillo y la comadrona.

Dentro de la escultura, merece especial mención la colección de 50 marfiles hispano-filipinos. Los tipos iconográficos representados son de carácter religioso, especialmente imágenes de Cristo en la cruz, la Virgen María y el Niño Jesús, San José, la Sagrada Familia, así como santos relacionados con las órdenes religiosas que más intervinieron en la evangelización de Filipinas: S. Agustín, S. Francisco de Asís, Sta. Rosa de Lima, San Francisco Javier. Este conjunto es la colección de marfiles procedentes de Filipinas más importante, no sólo de España, sino también de toda Europa.

B.- CHINA, EL PAIS DEL CENTRO

China se autodenominó “*Chung-Guo*” (El País del Centro) y ya con esto nos daba a entender que los chinos se consideraban como el eje geográfico y cultural del universo, como una tierra rodeada de pueblos bárbaros e inferiores.

1.- AGUSTINOS EN CHINA

En la mente de los agustinos, en un principio, Filipinas no fue pensado como un destino definitivo, sino solamente como una etapa de paso hacia la gran meta, que no era otra que China.

Los superiores agustinos de México dieron a Fr. Andrés de Urdaneta y a sus compañeros potestad omnímoda para predicar el evangelio, fundar conventos, administrar sacramentos, hacer nombramientos, ... Les concedieron toda aquella autoridad que distintos Papas “*han concedido hasta aquí y en el futuro hayan de conceder a los religiosos que vayan a tierra de infieles a predicar el santo Evangelio de Cristo, principalmente a la Tartaria ulterior, a la China y a otras partes del orbe, en las cuales ignoramos si ha sido predicada la piedad de la santa fe cristiana*”.

Basados en estas instrucciones, poco después de llegar a Filipinas en 1565, los agustinos orientaron su mirada hacia la gran nación China. Esta atracción - fomentada por los mercaderes chinos que periódicamente viajaban a Filipinas-, impulsará a que escribieran al Virrey de México y al propio Rey Felipe II, pidiéndole los permisos competentes para llevar la luz de la fe al continente asiático.

En mayo de 1572 llegaron a Manila dos juncos de mercaderes chinos. Los agustinos pensaron que era una buena oportunidad para que alguno de ellos pudiera viajar a China para “*la conversión de una nación tan política y sabia, como era aquel imperio*”. Para esta empresa fueron elegidos los padres Agustín de Alburquerque y Alonso de Alvarado. Los capitanes chinos rechazaron la propuesta “*por no ser posible entrar algún extranjero en China, por causa de tener pena de muerte el que lo llevase*”.

Al año siguiente el padre Alburquerque intentó ir a China de nuevo, primero desde Manila y después desde Mindoro, pero no lo consiguió, pues nadie se atrevió – por temor a que le cortasen la cabeza-, quedando una vez más irrealizado su sueño de evangelización de China.

En 1575, el P. Martín de Rada, acompañado del P. Jerónimo Marín consiguen entrar en China y visitar algunas ciudades de la provincia de Fujian. En su “*Relación de viaje*” el P. Rada nos ofrece información de primera mano sobre los alimentos y banquetes, las armas y la guerra, las casas y las ciudades, la agricultura y sus productos, la religión y los ídolos, los trajes del país, las facciones fisonómicas de sus habitantes, etc. Será el primer documento en español sobre el imperio chino escrito por un testigo ocular.

Años más tarde, junto con otros documentos, serviría de base para la obra del P. Gonzalo de Mendoza *“Historia de las cosas más notables del Gran Reino de la China”* que tuvo un gran éxito desde su publicación en 1585, conociendo muchas ediciones y traducciones a lo largo de los siglos XVII y XVIII.

El convento e iglesia de Macao, fueron fundados por los agustinos en 1586. Sería la base de operaciones para las misiones de China. Aunque en 1596 pasa a los agustinos portugueses, siempre será un punto de referencia para las misiones en Guangdong y Guangxi.

Viajando desde Filipinas, los PP. Álvaro de Benavente y Juan de Rivera fueron los primeros agustinos en establecerse en China construyendo en 1681 la primera casa y la primera capilla en Kao Kung-fu. Con la llegada de nuevos misioneros las cristiandades fueron aumentando llegando a ser en 1708 unos 12.000. Del mismo modo aumentaron también el número de iglesias, siendo por entonces unas 23.

La promulgación de la bula *“Ex Illa die”* del papa Clemente XI, condenando los “ritos chinos” provocó la respuesta del emperador Kangshi persiguiendo y expulsando a los misioneros cristianos extranjeros. Los agustinos, desde Cantón, siguieron viajando y atendiendo a las comunidades cristianas hasta 1818 que se retirarían a Manila.

En mayo de 1879, tras seis años de preparativos, desde Filipinas, salen para China los PP. Elías Suárez y Agustín Villanueva. Van a ponerse al frente de las misiones del *“Vicariato Apostólico de Hunan Septentrional”*, erigido canónicamente por el Papa León XIII el 13 de agosto de 1879. Lo componían los distritos de Yochow, Changteh, Lichow, Yuanchow, Shenchow y Yungshungfu. Se trataba de una vasta extensión de más de 81.000 kilómetros cuadrados, con once millones de habitantes.

Tras 75 años de intensa labor evangelizadora y social los agustinos – al igual que todos los demás misioneros católicos extranjeros- serían expulsados por el gobierno comunista de Mao Ze Dong en 1950. Al llegar, en 1879 sólo encontraron 45 cristianos esparcidos en tres lugares distintos, y una pequeña casa en Kiakaitse, cerca de Changteh. El contraste con lo que dejaban ahora era evidente: 32 centros de misión con casa-residencia e iglesia; 151 estaciones misionales con oratorio y casa; 71 escuelas de niñas y 57 de niños; los seminarios de Changteh y Lichow; varios catecumenados; el orfanato de Lichow y cerca de 30.000 cristianos, además de las casas de la misión de Shanghai y Hankow.

II.- LAS RELIGIONES EN CHINA

1.- Confucio y el Confucianismo

Confucio es considerado el más famoso sabio chino. Vivió hacia 550-479 a. C. Su nombre, Confucio es la latinización del chino Kung-Fu-Tzu, que significa *“Gran Maestro Kung”*

Al principio, Confucio fue un empleado del gobierno, pero más tarde, se hizo un maestro ambulante y fue ganando muchos discípulos. Confucio no encontró una nueva religión, pero él era un hombre profundamente religioso. *“El cielo, - decía-, me ha confiado una misión”*. Esta misión era que el hombre tiene que respetar a sus antepasados, seguir las tradiciones de la vida familiar y actuar correctamente y con justicia los unos con los otros. Enseñó que los gobernantes debían tratar a sus súbditos del mismo modo que deseaban que sus súbditos les trataran a ellos. Ésta es conocida como la *“Regla de oro”* de Confucio.

Después de su muerte, sus discípulos escribieron las enseñanzas en un libro conocido como *“Las Analectas de Confucio”*. Ellos reunieron también otros trabajos de literatura china tales como *“Los Cinco Clásicos”* y *“Los Cuatro Libros”* que se convirtieron en la base del Confucianismo.

El confucianismo es un sistema de principios morales que manifiesta cómo debe estructurarse la sociedad. Enseña la importancia del *“Jen”*, que puede ser traducido como simpatía. *“Jen”* define las relaciones entre las personas: entre padre e hijo, entre marido y mujer, entre maestro y discípulo, entre gobernante y súbdito, entre amigo y amigo.

Una práctica fundamental es la piedad filial. Ésta, dice Confucio, *“consiste en obediencia, en servir a los padres cuando están vivos, enterrarlos cuando mueren y hacerles ofrendas después de muertos”*.

2.- Lao-Tse y el Taoísmo

Lao-Tse, a quien tradicionalmente se ha considerado fundador del taoísmo o daoísmo-, nació hacia el 604 a. C., según unos y, según otros, entre el S. VI-V a. C. Según la tradición mítica había sido engendrado por un rayo de sol.

Parece que ejerció el cargo de secretario en el archivo imperial de Louyi (actual Louyang), capital de la dinastía Chou Oriental (770-249 a. C.) donde tenía fama de sabio y erudito.

Repugnándole el desorden que observaba en la corte, dimitió de su cargo y abandonó la sociedad, retirándose a meditar. A él se atribuye el *“Tao The King”* o *“Libro del camino y su virtud”*

A esta legendaria figura de Lao-Tse se remonta tanto la filosofía taoísta o *“Daojia”* (Escuela del Dao) como la religión taoísta, llamada *“Daojiao”* (Enseñanza del Dao).

El taoísmo enseña que el hombre debe vivir en armonía con la naturaleza, sin esforzarse, siguiendo el *“wu-wei”* la no acción.

3.- Buda y el Budismo

Buda, esto es *“El Iluminado”*, es el apelativo dado a un príncipe de la India cuyo verdadero nombre era Sidharta. Nació en el pequeño pueblo de los Shakya, cerca del Nepal, hacia el 563 a. C. Creció en el bienestar y en el lujo. Descubrió el sufrimiento de los hombres encontrándose con un anciano, un enfermo, un entierro y un eremita. Decidió marchar de casa y sufrir también el hambre y el dolor, hasta encontrar una fórmula para poner fin al sufrimiento de los otros.

Visitó muchos maestros famosos, pero quedó insatisfecho con sus doctrinas. Ayunó y meditó hasta que, finalmente, encontró *“La Iluminación”*, felicidad suprema. Comenzó a enseñar y a viajar ampliamente difundiendo el pensamiento que había desarrollado.

Enseñó que había *“Cuatro Nobles verdades”*: 1.- La vida del hombre está llena de dolor; 2.- El dolor es causado por los deseos del hombre; 3.- Para liberarse del dolor, el hombre debe liberarse antes de sus deseos; 4.- Un hombre puede liberarse de sus deseos solamente siguiendo el Noble Óctuple Sendero (correcto pensamiento, correcta decisión, correcto hablar, correcta conducta, correcto modo de vida, correcto esfuerzo, correcta conciencia, correcta meditación).

Murió en el 483 a. C.

Sus enseñanzas están contenidas en el *“Tripitaka”*, o *“Los tres cestos de la Tradición”* uno de los libros sagrados de los budistas.

Los tres elementos fundamentales del budismo originario son: el Buda, el *“Dharma”*, o doctrina, y el *“Sangha”*, o comunidad. El budismo se desarrolló en tres formas principales o vehículos (Yana): Hinayana, Mahayana y Vajrayana.

En China se difundió el Budismo Mahayana o *“Gran Vehículo”* a partir del siglo I d. C..

4.- El Cristianismo en China

El cristianismo fue introducido en China en tres formas distintas: nestoriana, católica y protestante.

El cristianismo nestoriano llegó a China desde Persia, en el año 631, gracias a un personaje llamado Olopan, que se estableció en Chang’an (moderna Xian) la capital cosmopolita de la dinastía Tang (618-906). La célebre estela de Xian, del siglo VIII confirma esta presencia cristiana.

La presencia del cristianismo católico se inicia con los viajes de los franciscanos Giovanni da Pian del Carpine en 1245, y el de Guillermo de Rubruck en 1253. En 1289 el papa Nicolás IV envió a la corte de Kublai Khan al franciscano Giovanni da Montecorvino, que se estableció en Pekín en 1293. En 1307 Pekín se convertirá en archidiócesis y Juan de Montecorvino sería su primer arzobispo. En 1327 el

también franciscano, Odorico da Pordenone, visitó Pekín. La narración de su viaje continuaba y completaba el libro de Marco Polo.

Tras un periodo de estancamiento, en 1575 viaja a China la primera embajada española, presidida por el agustino Fr. Martín de Rada.

Entre todas las órdenes religiosas, los jesuitas fueron quienes consiguieron mayores éxitos. Fueron admirados por los chinos por sus conocimientos matemáticos, científicos y tecnológicos. Destacaron el P. Matteo Ricci, que se estableció en Pekín en 1601; el P. Adam Shall von Bell (1591-1666), que será nombrado director del Observatorio Astronómico de Pekín; y el P. Ferdinand Verbiest, que le sucedió en 1669.

En el siglo XVIII la polémica de los llamados “*ritos chinos*” llevará a la prohibición de las actividades de los misioneros católicos. Años después, en 1724, un decreto del emperador Yongzheng vetó el cristianismo en China y expulsó a la mayor parte de los misioneros. Esta prohibición será levantada sólo en 1846.

La tercera forma de cristianismo que llegó a China fue la protestante, por obra de los comerciantes ingleses y holandeses residentes en Cantón y Macao, en el siglo XVIII. Pero el primer misionero protestante que llegó a China fue Robert Morrison, enviado a Guangzhou en 1807.

En el siglo XIX renacerá la fe cristiana. Los misioneros católicos y protestantes – que eran ya 1300 en 1890-, fundaron escuelas, hospitales, orfanatos, asilos, imprentas y otros proyectos que contribuyeron a la modernización de China.

Pero, a pesar de los esfuerzos, el cristianismo será siempre una religión minoritaria. Hoy día, en 2020, se calcula que el número de católicos es de unos 10-12 millones, mientras que el de los protestantes es de unos 40 millones.

III.- EL ARTE RELIGIOSO CHINO EN EL MUSEO ORIENTAL

De los varios miles de obras existentes en los fondos, se exponen las más representativas en ocho salas: bronce, porcelanas, lacas, marfiles, plata y esmaltes, caligrafía y pintura, bordados, escultura y mobiliario. Un núcleo muy importante son las piezas estrictamente relacionadas con las distintas religiones.

Vinculadas con el confucianismo y el culto a los antepasados se encuentran los antiguos bronce – hachas “*ko*”, espadas, espejos- del periodo de los Reinos Combatientes (S. V- IV a. C.) y de la dinastía Han (202 a. C. 220 d.C.) así como otros pebeteros, para hacer ofrendas de incienso, realizados durante la dinastía Ming (1368-1644) o porcelanas de la época del emperador Kangshi (1662-1722). Vinculado a las costumbres funerarias destacan las cerámicas de los Han (202 a. C. 220 d.C.) Tang (618-906 d. C.) y

Ming (1368-1644) con representaciones de personas y animales que servían a acompañar al difunto en el más allá.

El mundo budista está ampliamente representado en bronce, porcelanas, lacas, marfiles, escultura y pintura. Abundan las imágenes de Buda de distintos tipos – el Buda niño, el asceta, el iluminado-, y “*lohans*”, o discípulos de Buda, de distintas épocas, sentados apaciblemente sobre la flor de loto – símbolo del renacimiento y de la santidad; bodhisatvas como Avalokitesvara – Guanyín en chino- Wenchu y Pushein- En varias ocasiones nos encontramos con el monje gordito Budai Hensheng, con su saco donde guarda los regalos y el rosario, símbolo de felicidad, así como con Bodhidarma, el fundador del zen, con sus abultadas cejas y sus ojos saltones. Muy llamativa es la escultura de madera lacada de Marichí, diosa de los viajeros, con cuatro caras y ocho brazos, sentada sobre la flor de loto y transportada en un carro por siete cerditos. Son preciosas la pareja de pagodas de Quanzhou, donadas por el Dr. S. C. Cheng, talladas en un único bloque de piedra y que reproducen las pagodas existentes en esta ciudad de la provincia de Fujian. En ellas se conservaban las reliquias de patriarcas del budismo.

Otros grupo de piezas tanto en bronce, como en pintura, porcelana, laca, esteatita, jade y marfil son de temática taoísta: Lao-Tsé, patriarca del taoísmo, montado sobre su buey; los ocho “*Pa’Hsien*” o inmortales, - quienes comieron el melocotón sagrado y obtuvieron la inmortalidad-, representados en un extraordinario biombo de porcelana de la época Kang-shi (1662-1722) y a quienes está dedicada una preciosa campana de bronce, así como pinturas, y esculturas de esteatita; Las Tres Felicidades Chinas Fu, Shou y Lu – dios de la familia, dios de la longevidad y dios del poder-, a quienes encontramos representados en porcelana, piedra tallada, marfil y seda bordada; Kuei-Tsing, patrón de los estudiantes, acompañado de varios diablejos; Zhenwu, el Emperador Supremo del Cielo Oscuro, acompañado por una tortuga y una serpiente; Liu-Hai, el dios del dinero, montado sobre una rana y con una ristra de monedas entre las manos; Shou-Lao, el dios de la longevidad; Guandi, el Dios de la Guerra, leyendo los clásicos. Relacionados con el mundo taoísta están también las frecuentes representaciones del Yin y el Yan y los ocho trigramas o símbolos de adivinación, - que son la base del famoso libro de las mutaciones “*I Ching*”-, así como las montañas sagradas donde – además de estar recorridas por el “*chi*”, espíritu vital, estaban habitadas por monjes y ascetas en busca de la perfección.

Entre las obras chinas de inspiración cristiana cabe destacar las porcelanas de 1740-1750 con las representaciones del nacimiento de Jesús, el bautismo de Jesús en el Jordán, la crucifixión y la resurrección, así como la imagen de la Virgen con el Niño Jesús en porcelana de “*blanco de China*” del siglo XVII. Extraordinariamente sugestiva es la caligrafía de los cien ideogramas “*shou*”- longevidad, colocados en forma de cruz, obra de Yan Chun Tsi, de 1923, donde se asocia la cruz con la idea de cien largas vidas, el equivalente a la inmortalidad. Muestra de la increíble maestría alcanzada por los bordadores chinos son las representaciones de S. Agustín y del P. Abrahán, de principios del siglo XX, que parecen fotografías más que bordados.

C.- JAPON: EL PAÍS DEL SOL NACIENTE

En el antiguo conjunto de templos de Nikko, - construido a principios del siglo XVII como mausoleo del shogun Ieyasu-, se encuentra una de las imágenes del Japón más conocidas en Occidente. Me refiero a “*Los tres monos de Nikko*” que se encuentran esculpidos en el edificio del “Establo Sagrado” donde se guardaban los caballos que eran usados en ocasiones ceremoniales.

Aunque su significado originario habla de la sabiduría de “*no ver, ni oír, ni hablar nada malo*”, podría ser también una parábola de nuestro mundo occidental, en el que parece que todo aquello que se relaciona con el culto y la religión es mejor ignorarlo. Pero esto es querer negar la evidencia. Tanto en Oriente como en Occidente las religiones han sido un factor generador de arte y cultura de primer orden. Lo cultural y lo cultural han ido de la mano.

1.- AGUSTINOS EN JAPÓN

Los contactos iniciales de los agustinos con el Japón fueron casuales. Así el 4 de agosto de 1584, el junco filipino en el que viajaban hacia Macao los agustinos Francisco Manrique y Mateo Mendoza, fue empujado por un tifón a las costas de Hirado. Los religiosos permanecieron allí dos meses. Unos años más tarde, en 1597, también casualmente, llegan a Urado otros cuatro agustinos, al ser arrastrado hasta allí el Galeón S. Felipe en el que viajaban. Posteriormente regresarán a Filipinas.

A finales de este mismo año viajó a Japón el P. Mateo de Souza, como capellán de la embajada que mandó el Gobernador General de Filipinas, D. Francisco Tello Guzmán, para el rescate de las mercancías de la Nao S. Felipe. Regresaron a Manila con las manos vacías en marzo de 1598.

Los primeros agustinos en establecerse en Japón fueron los PP. Diego de Guevara y Eustaquio Ortiz, que llegaron a Hirado en 1602. Gracias a la nueva política de Tokugawa Ieyasu hacia el cristianismo se les permitió construir una iglesia en la localidad de Usuki, en la región de Bungo. Más tarde llegarán de Filipinas nuevos refuerzos de misioneros, lo que hizo posible ampliar el campo de misión, y construir iglesias en otros lugares como Agata y Nagasaki.

Pronto fueron surgiendo diversas comunidades cristianas en varios lugares y se creó también la Cofradía de la Virgen de la Consolación y Correa, que llegará a tener gran fuerza, con numerosos miembros.

Para completar su trabajo misionero el P. Hernando de Ayala publicó en lengua japonesa varios libros de devoción (*Indulgencia de la Cintura, Vida de San Agustín, etc.*) así como un diccionario japonés-portugués

En 1614 se publica un edicto de persecución de los cristianos y expulsión de los misioneros extranjeros. Los agustinos se retiran a Filipinas, permaneciendo en el país, solamente el P. Hernando de

Ayala. Durante varios años sigue viviendo en la clandestinidad y asistiendo a las comunidades cristianas, pero es arrestado en 1617 y martirizado el 1 de junio de ese año.

A pesar de la prohibición contra el cristianismo varios agustinos, desde Manila, regresaron a Japón, a partir de 1618, con la finalidad de atender espiritualmente a los cristianos que habían quedado allí. Pero les esperaba un largo calvario a todos ellos. Unos serán expulsados, otros perseguidos y torturados, y algunos más, martirizados.

Entre estos últimos, hay que mencionar a: Fr. Pedro de Zúñiga, que fue quemado vivo en Nagasaki el 19 de agosto de 1622: Fr. Bartolomé Gutierrez, que seguirá la misma suerte el 3 de septiembre de 1632: Fr. Francisco da Graca, al que mataron el 16 de agosto de 1633. También murieron mártires los agustinos japoneses PP. Tomás de S. Agustín, Jijioye, y Miguel de S. José, así como numerosos cristianos.

Estos seis mártires agustinos, y un buen número de sus fieles, serían beatificados por el papa Pío IX en 1867, junto con otros religiosos de otras órdenes y cristianos japoneses.

Tomás de S. Agustín – el primer sacerdote agustino japonés-, era conocido popularmente como “*Kintsuba*”. En 1622 viajó a Manila y fue admitido al noviciado en el Convento San Agustín, donde profesó en 1624. Habiendo estudiado filosofía y teología fue ordenado sacerdote en Cebú, por el obispo agustino Pedro de Arce. Vuelto a Manila sintió en 1630 la vocación a trabajar en su país nativo, donde supo que los cristianos estaban sufriendo persecución. En febrero de 1631 viajó a Japón, donde se puso en contacto con el Bto. Bartolomé Gutierrez. Con el fin de asistir a los cristianos supervivientes en el país, estuvo viviendo disfrazado, primero en calidad de guardaespaldas en Nagasaki y, después, como criado del “*shogun*”, en Edo (Tokio). Finalmente, sería descubierto y martirizado en la plaza pública en Nagasaki el 6 de noviembre de 1637. En el año 2008, fue beatificado.

También el P. Miguel de San José, japonés de nacimiento, profesó como agustino en Manila y, posteriormente regreso a Japón. Evangelizó primero en el reino de Bungo, de donde era nativo, y más tarde en Nagasaki. Moriría en Nagasaki, en 1637, sufriendo tremendas torturas, entre ellas la tortura del hoyo.

Hoy día, en Japón, un pequeño grupo de agustinos japoneses, desarrolla una pastoral evangelizadora y educativa en cuatro parroquias y las escuelas de Nagasaki y Fukuoka.

II.- LAS RELIGIONES EN JAPÓN

1.-El sintoísmo, la “vía de los Kami”

La tradición popular originaria del Japón ha sido denominada con el término de “sinto”. Esta palabra fue acuñada en el siglo VI d. C. de la unión de la palabra china “*shen*” (ser divino) y “*dao*” (vía).

La denominación japonesa originaria de este “Corpus” de creencias es, sin embargo, “*Kami no michi*” o “*Kannagara no michi*” que significa “la vía de los Kami” o “la vía en acuerdo con los Kami”.

Los “*Kami*” son potencias sagradas presentes en todas las partes del cosmos – montañas, rocas, árboles, manantiales, y otros fenómenos naturales-, venerados sobre todo en el interior de los santuarios o “*ninja*”.

Motoori Noriega (1730-1801) afirma que “*en teoría, seres humanos, pájaros, animales, plantas, montañas, océanos, pueden todos ser considerados “Kami”*”. Según el uso antiguo, cualquier cosa que estuviera fuera de lo ordinario, produjese un temor reverencial o fuese majestuosa e impresionante, venía llamada “*Kami*”.

Existen innumerables “*Kami*”, subdivididos en celestes y terrestres. Los más importantes son los creadores Izanami e Izanagi, y el Kami del sol, Amaterasu.

Desde el siglo VI comenzó la fusión entre el culto a los “*Kami*” y elementos del budismo, confucianismo y taoísmo que venían de China, para acabar creándose la religión sintoísta, basada en la veneración de los “*Kami*”.

A partir de este entorno, el sintoísmo ha consistido en dos tradiciones independientes: la popular y la política. La primera permaneció como un culto local basado en imágenes de los “*Kami*”, mientras que el sintoísmo político, con sus rituales y sacerdotes, servía para legitimar a los gobernantes japoneses.

En Japón, la gente puede escoger entre unos ochenta mil santuarios para venerar y dar culto a los “*Kami*”. Pasado el arco de ingreso o “*torii*”, las características típicas del interior del recinto son: un pilón para los lavados rituales; una estructura abierta, a un lado, donde los visitantes pueden colgar los “*ema*”(tablillas de madera) en las que se escriben las peticiones y oraciones; una plataforma elevada y cubierta (*haiden*) donde pueden hacerse las ofrendas y peticiones a los “*Kami*” y un “*honden*”, el edificio central, que alberga un objeto sagrado, como un espejo, en el que se cree que residen los “*Kami*”.

Visitando Japón se podrá constatar cómo esta fe sintoísta impregna la vida de la gente. De ella derivan hermosas obras de arte, así como la gran veneración que todos los japoneses sienten hacia la naturaleza.

2.-El budismo, el “camino de Buda”

El budismo se introdujo por primera vez en Japón en el año 522, en su versión Mahayana o del Gran Vehículo. Más tarde, en el 552, el rey coreano de Kudara, Syong Myong, envió estatuas y sutras budistas al rey japonés Kimmei. Favorecido por el emperador Shotoku (574-622) esta nueva religión extranjera se difundió por todo el Japón. Durante su reinado fueron construidos templos y monasterios.

En la corte, el propio emperador enseñaba los “*sutras*” o libros sagrados y, entre ellos, de modo particular “*El Sutra de Loto*”, que después influiría en gran medida en el budismo japonés.

En Japón el budismo se ha dividido en muchas escuelas, que han convivido pacíficamente con el sintoísmo, favorecidos por el carácter sincrético del japonés. Entre las más importantes se encuentran: Tendai, Shingon, Escuela de la Tierra Pura, Zen, Nichiren o del Sutra de Loto y Soka Gakkai.

La vida concreta del budismo está fundada y se desarrolla en sus prácticas sobre una doble categoría de discípulos de Buda: los monjes y los laicos. Para unos y para otros lo fundamental son los “*tres tesoros*”: Buda, su doctrina y la comunidad.

Actualmente cerca de las tres cuartas partes de la población japonesa son budistas, aunque muchos de ellos, en casa, veneran el espíritu divino (*Kami*) de los sintoístas. Hoy como ayer los templos y monasterios del Japón siguen siendo no solamente centros de culto, sino también focos de cultura. Esto no sólo debido a las obras de arte que atesoran, sino también porque son centros de creación y difusión de distintas artes; caligrafía, pintura, tiro con arco, ceremonia del té, ...

3.- Cristianismo en Japón

La introducción del cristianismo en Japón fue realizada en 1549 por el intrépido jesuita español S. Francisco Javier. Tras unos meses en la región de Satsuma –donde consiguió convertir a 159 japoneses-, viajó a Kyoto, cuando estaba en el poder Oda Nobunaga. Éste acogió benévolutamente a los cristianos y los protegió. Los jesuitas hicieron grandes progresos. Cuando S. Francisco regresó a la India en 1551 las misiones cristianas estaban ya bien establecidas. Años más tarde, en 1571 existían ya 30.000 cristianos japoneses. Diez años después, serían 150.000 y tenían ya 200 iglesias.

En 1586 el papa Sixto V autorizó a los franciscanos a evangelizar también en Japón. Posteriormente, se irán estableciendo también misioneros de otras órdenes religiosas, como agustinos, dominicos, etc.

A partir de 1597, con la crucifixión de 26 cristianos en Nagasaki inician las persecuciones. En 1620 entra en vigor otro decreto de supresión del cristianismo. En los años siguientes, hasta 1626 se considera que sufrieron el martirio – prefiriendo morir antes que renegar de su fe-, 3.125 cristianos japoneses y 70 misioneros europeos. Tras la batalla de Shimabara de 1637 el cristianismo estaría destinado a subsistir en la clandestinidad. Sólo en 1873 terminarán oficialmente las persecuciones.

A finales del siglo XIX las conversiones al cristianismo fueron muy abundantes, aunque, posteriormente, este ritmo disminuyó. Hoy día el cristianismo sigue siendo en Japón una religión minoritaria, con un 0’8 % de la población. No obstante, sus instituciones educativas, caritativas y hospitalarias son muy valoradas por los japoneses.

Aun siendo una fe practicada por un reducido número de personas, el cristianismo promovió obras de escultura, pintura, laca, bronce, ornamentos litúrgicos, campanas, ... que constituyen el llamado “*arte namban*”, muy valoradas tanto en Japón como en Occidente.

III.- EL ARTE RELIGIOSO DEL JAPÓN EN EL MUSEO ORIENTAL

El Museo Oriental dedica cuatro salas a exponer obras de arte japonés pertenecientes a los periodos Edo (1603-1868) y Meiji (1868-1912). Sus fondos del Japón lo forman más de 3.000 obras, de las que se expone una selección. Entre ellas se encuentran diversas piezas inspiradas tanto en el sintoísmo y budismo, como en el cristianismo.

Entre las obras sintoístas se muestran los grabados “*ukiyo-e*” con las divinidades creadoras Izanagi e Izanami y la Diosa del Sol, Amaterasu, realizados por los artistas Gekko y Kunisada en el siglo XIX. Les acompaña la vigorosa escultura de bronce de su hermano Suzano no Mikoto, Dios del Mar. Bronces del periodo Meiji (1868-1912) son también los famosos “Siete Dioses de la Buena Fortuna” o “*Shichi Fukujin*”, todos ellos muy populares, entre los que se encuentran el obeso y sonriente Hotei, así como los populares Ebisu, con su pez y Daikoku sobre los sacos de arroz.

Centro del culto familiar sintoísta era el “*kamidana*” o “altar de los Kami”, como el expuesto, ante el que se hacían ofrendas a los espíritus de los familiares antepasados.

Numerosas son las obras del periodo Edo (1603-1868) inspiradas en el budismo, entre las que están representadas las distintas categorías en las que se suele dividir este panteón religioso: Budas, Bodhisatvas, Reyes de la Ciencia o Myo-o, Divinidades o Tenbu, Apariciones circunstanciales y Patriarcas del budismo.

Muy venerado por las escuelas budistas Tendai y Shingon era la imagen del benevolente Jizo. El ejemplar del Museo Oriental, del siglo XVIII es muy singular. Lleva un niño en brazos. Con esto queda patentemente expresado el hecho de que él es el protector de los niños, así como de las almas de aquellos que no llegaron a nacer.

Destaca un extraordinario “*Butsudan*” o “Altar de Buda”, del siglo XVIII, que perteneció a algún miembro de la importante familia feudal del “*daymio*” Naomasa Ii. Era el centro del culto familiar. Ante este altar era habitual hacer ofrendas simbólicas de las primicias de la cosecha, la paga mensual o incluso de algún don que se había recibido. Diariamente se depositaban ante él, arroz, agua y flores.

Recientemente se han incorporado a la exposición permanente dos pinturas del maestro de “*sumi-e*” Kousei Takenaka, que expuso sus obras en el Museo Oriental en 2016. Una de ellas representa a “*Shoki*” un espandadiablos, que es la representación japonesa del chino Chung-Kuei.

Entre las obras de inspiración cristiana que se exponen en el Museo Oriental podemos destacar varias. Tenemos, en primer lugar, un retrato al óleo de San Francisco Javier que fue el pionero de la evangelización del Japón, donde llegó en 1549. Se trata de una obra de un pintor portugués del siglo XVIII. Otra pintura al óleo del siglo XVII nos muestra a uno de los protomártires del Japón, el franciscano San Felipe de Jesús, que fue crucificado en 1597. En una tercera pintura al óleo de J. Cellino podemos contemplar el martirio del Bto. Hernando de Ayala, agustino, decapitado el 1 de junio de 1617.

Hay también todo un conjunto de bronce con imágenes de Cristo y santos, similares a los que se llevaron a Japón en el siglo XVI, y que en tiempo de las persecuciones se convirtieron en los conocidos “*fumi-e*”. Éstos eran imágenes que se debían pisar para demostrar que no se era cristiano.

Citamos también la porcelana “*blanco de China*” del siglo XVII del personaje budista Guanyin, como portadora de hijos. A este tipo de imágenes se les dio culto en Japón – durante el periodo de persecución del cristianismo entre 1587 y 1873-, al considerarlas como una representación de la Virgen María.

Se exponen también algunos de los libros sobre el cristianismo en Japón, destacando la obra del P. José Sicardo “*Cristiandad del Japón y dilatada persecución que padeció*” publicado en Madrid en 1698.

Todo lo anteriormente escrito nos muestra cómo el culto a las divinidades, santos y patriarcas de las diversas religiones creó un arte y cultura incomparable que todavía pervive hoy.

Conclusión

El Museo Oriental de los PP. Agustinos de Valladolid es una permanente invitación a abrir la mente a otros mundos, otras religiones, otro arte, otra cultura, y superar toda tentación de etnocentrismo. Al mismo tiempo, es un testimonio vivo del diálogo ecuménico entre diversas religiones y del encuentro entre Oriente y Occidente. Igualmente nos muestra, de modo palpable, no solamente la tarea evangelizadora, sino también la labor creadora y promotora de arte y cultura que miles de misioneros agustinos realizaron durante más de 400 años en el Extremo Oriente.

Más información, así como abundante bibliografía, puede verse en nuestra página web: www.museo-oriental.es

Blas Sierra de la Calle
Museo Oriental
Real Colegio PP. Agustinos
Paseo Filipinos, 7
47007 Valladolid
E-mail: blas@museo-oriental.es